

INTRODUCCIÓN

No es por desautorizar al gran escritor español Calderón de la Barca (¿quién sería tan osado?), pero no es que la vida sea sueño, sino que es que el sueño es vida. ¿O es que las apariencias no engañan? Esta afirmación, cuando es sostenida en los márgenes de la actividad artístico-literaria, no deja de causar simpatía. Otra cosa es cuando se pretende aplicar a la totalidad de la realidad.

Y sin embargo, y no por un prurito de originalidad, esa aplicación debe ser efectuada, primero porque sólo así se capta la realidad (puesto que la apariencia ya la conocemos) y, segundo, porque sólo quien conoce las esencias conoce las dinámicas. San Juan de la Cruz, y no el cardenal Ratzinger, podría avalar lo que estamos afirmando.

Dice la Biblia que *“la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular”*. Precisamente. Y por lo civil sucede igual, pues Marx, ese gigante de la revolución que cometió el pecado de emerger en un paradigma cultural equivocado, miró por encima del hombro, en su *Manifiesto Comunista*, a las iniciativas comunales y autogestionarias, esas mismas que se están convirtiendo, junto con otras medidas, en eficientes alternativas de resistencia en esta crisis epocal (¿o debo decir crisis terminal?), y en la base de la soberanía a construir en el socialismo del siglo XXI.

Y, puesto que las apariencias engañan, trascendámoslas y centrémonos en las esencias. Grandes maravillas descubriremos. Y más, podremos advertir que ninguno los presupuestos de nuestra cotidianidad tiene el más mínimo fundamento. Y, para quien tema discernir sobre este asunto, prefiriendo dormirar sobre el cráter de un volcán a punto de estallar, no le faltará la respuesta con la que

los ministros del rey de España Fernando VII agasajaban a éste, para dar fe de su sumisión mental (y por tanto de su ignorancia): *“lejos de nosotros, señor, la funesta manía de pensar”*.

Ahora bien, quienes no temen pensar y discernir, se toparán con otra realidad, la real. Hay otros mundos, pero están en éste. Por consiguiente, es cierto que, pese a las apariencias, la humanidad no sólo vive su mejor momento, sino que está a punto de pasar a otro nivel infinitamente más elevado. Como también es verdad que nos encontramos en una coyuntura histórica de gran espiritualidad, y que es falso que la religión se bata en retirada, ni que el ateísmo o el agnosticismo sean sendas apuestas culturales hegemónicas. Por lo demás, el capitalismo ha fracasado, pronto va a caer, y no hay más futuro que una sociedad comunista mundial. En otro orden de cosas, la historia como proceso no es sino la crónica de una decadencia que nos lleva a la plenitud. Oriente es un aborto de occidente y el progreso es una caída en picado sólo remontable si se repite (como así va a ser) la mayor época de esplendor de nuestra especie, que no es la Ilustración, el Renacimiento o la Antigüedad cristiana y grecolatina, sino la transcurrida durante el siglo VI antes de Cristo.

Y más aun, la materia no existe, los muertos sí pueden resucitar, el planeta es un organismo vivo, y todo el universo es una gran mente. El camino más corto entre dos puntos no es la línea recta, el tiempo no existe y es posible viajar al futuro. Por lo demás, lo científicamente imposible está científicamente constatado, los milagros están a la orden del día, y todos nosotros somos brujos o, si se prefiere, parapsicólogos. Además, hay trascendencia pero no Dios, Cristo nació y resucitó, pero ni era Dios (al estilo occidental) ni fundó iglesia alguna. Las experiencias místicas, sin embargo, están constatadas y fundamentadas, y la lógica humana no es más que una falsificadora, por empequeñecedora, de la realidad al creer, vano empeño, que se está en un país por el mero hecho de tener en sus manos el mapa de ese país.

Por último, no hay más futuro que el pasado, lo único que llena la existencia es un gran vacío de modo que, para llegar a un lugar seguro, se debe abandonar todo camino. Porque la realidad, en última instancia, no existe, ya que la materia no existe. Usted que lee esto, y yo que lo escribí, en rigor, somos absolutamente inexistentes.

Cierto que las líneas anteriores son un poco provocativas. Ahora vamos a ponernos serios. Y afirmaremos que, pese a lo aparente, nada de lo afirmado ahí arriba es falso. Habrá cosas discutibles, habrá cosas rebatibles, habrá incluso cosas erróneas, pero en su mayoría, me temo que no sólo son ciertas, sino que son científicamente demostrables, filosóficamente fundamentables y empíricamente comprobables.

El presente libro cuenta con una ingente documentación y una vasta bibliografía, para poder exponer de modo sistemático y formal todo lo que arriba hemos apuntado que, repito, no es falso, aunque sí un poco provocativo en el tono. La interdisciplinariedad (historia, economía, teología, filosofía, ciencias sociales, física cuántica...) es su modo de poder defender, ya de modo ordenado, todo lo anterior que a bote pronto pareciera indefendible. El ingente aporte bibliográfico (los datos) son los ladrillos, y el hilo conductor argumental (nuestras interpretaciones), el cemento.

Esta obra sostiene que estamos, tal vez inconscientemente, en el ojo del huracán de todo un cambio de paradigma a todos los niveles de la existencia humana (social, económico, religioso, espiritual, ecológico, filosófico, contracultural, científico, epistemológico, revolucionario, anatómico, tecnológico...), y tiene la pretensión de suscitar un novedoso enfoque holístico e interdisciplinar para, mediante un cambio de mentalidad, poder no ya asimilar ni bandear los cambios que se avecinan, sino gobernarlos y dirigirlos.

A lo largo de las páginas de la presente monografía se expondrá cómo la especie humana es espiritual por naturaleza, y no por cultura. No obstante, la religión como sistematización y organización de dicha espiritualidad, sí que es un fenómeno cultural y como tal, marginal por reciente. Así, el hombre primitivo gozaba, junto con unas espantosas condiciones de vida, de una cotidianidad mística que le permitía, gracias a la naturaleza como su *locus* habitual de la que además formaba parte, percibir e interactuar con el plano absoluto, trascendente, misterioso, cuántico y energético de la realidad.

Ahora bien, la humanidad, a partir del neolítico y hasta nuestros días, ha venido sufriendo todo un proceso lineal de decadencia en numerosos planos y a lo largo de diversos episodios:

la autosegregación con respecto a su hábitat natural (a partir de las primeras ciudades sumerias y mesopotámicas), la represión de la espiritualidad de la mano de unas religiones que la sofocaron, la *cosificación* de lo absoluto y lo trascendente (mediante un proceso de antropomorfización que transforma lo absoluto en un ser personal, reduciéndolo de la mano de los monoteísmos occidentales), el surgimiento de la desigualdad y por tanto de la pobreza (a causa de unas estructuras socioeconómicas tales como el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo, principalmente), la *cosificación* del ser humano a partir del “*cogito ergo sum*” de Descartes, que reprime al *pathos* en beneficio de la razón, transformando al hombre en una máquina de pensar, que no de sentir; la *cosificación* del cosmos, mediante la falsificación por simplificación de toda la realidad universal en una compleja y exacta maquinaria diseñada por Newton, mediante la cual todo es encuadrable en una tabla rígida de abscisas y ordenadas.

Por su parte, también la sociedad se *cosifica* mediante la conversión de la *polis* en un inmenso mercado donde todo se compra y se vende, surgiendo el sistema capitalista. Además, el ser humano, tras *cosificar* su hábitat, su espiritualidad, su sociedad y su aparato epistemológico, *cosifica* su propia corporeidad mediante un proceso de robotización, gracias a la hipertrofia del plano científico-técnico, lo que provoca las adicciones a la televisión, al automóvil, a las nuevas tecnologías o al teléfono móvil, y que está posibilitando una alteración cualitativa en nuestras capacidades cognitivas, físicas, educativas, emocionales, éticas, afectivas, creativas y espirituales. Por último, el ritmo demencial con que el hombre está esquilmando el medio ambiente para mantener este absurdo estado de cosas, a la par que la mayoría de la población mundial vive en condiciones de miseria, y un porcentaje significativo de ella pasa hambre, está provocando un desastre ecológico que puede llevar en pocas décadas a un colapso planetario que de fin a la actual *civilización* humana.

Sin embargo, y como apuntamos con anterioridad, los milagros existen. Estamos inmersos en todo un proceso de resurrección de la humanidad, es decir, en un salto cualitativo de nuestra conciencia y, por tanto, de nuestra felicidad. Y todo ha comenzado justo en el interior de la hipertrofia del plano científico-técnico.

Así, de la mano del racionalismo (no confundir con la racionalidad práctica y funcional) que, teniendo como paradigmas a Descartes y a Newton, y que cristaliza en la apuesta de la Ilustración y en la mentalidad de la modernidad, se produce una revolución científica que en un principio parte del criterio cartesiano-newtoniano. Sin embargo, de la mano de su propio desarrollo emergen tanto la física cuántica como la teoría de la relatividad, que desautorizan e impugnan a la física clásica y a sus presupuestos al establecer, entre otras cosas, que la materia no existe, que los conceptos de *espacio* y *tiempo* son irreales y que la única realidad existente es un fluido constante de energía. Y que, por supuesto, todo el aparato epistemológico de la lógica es completamente insuficiente para captar lo que nos rodea.

Por otra parte, y recordemos al teólogo Bonhoeffer afirmando que *“un Dios asimilable es un Dios inexistente, lo que hay es otra cosa”*, la religión va transitando de modo paralelo su propio camino de Damasco, al redescubrir lo contemplativo, lo místico y lo espiritual, y asumiendo que más allá del concepto antropomorfo de Dios (o sea, un ser humano extraterrenal y no corpóreo, pensante y sintiente, premiador y castigador) se encuentra la realidad absoluta, energética, dinámica, panteísta, mística y apofática de lo absoluto, que no está *ultreya* la materia, sino dentro de ésta, constituyendo su esencia.

Así, y de modo sorpresivo, milagroso y todavía rudimentario, convergen el monasterio y el laboratorio, una vez asumido que la *energía* descubierta por los científicos modernos es ontológicamente la misma entidad que el *espíritu* que experimentan los contemplativos, pero percibido por dos disciplinas distintas pero complementarias. No en vano algunos místicos como Gregorio Palamás hablaban de las *“energías increadas”*, como Teilhard de Chardin, místico y científico se refería al *“alma del mundo”*. La ciencia, por su parte, al menos en su sector menos integrista, pacato, *escolástico* y cientificista, ha tomado buena nota de todo esto y ha constatado y fundamentado el fenómeno místico, la parapsicología y los denominados milagros.

A partir de aquí todo se articula y va emergiendo, de modo aparentemente *casual*, un entramado de elementos que va a dar pie al gran salto cualitativo que ya se está gestando. Así, la religión

descubre su potencial revolucionario gracias a su diálogo con el marxismo. Éste, a su vez, de la mano de las espiritualidades y de los nuevos sujetos revolucionarios (el precario, la mujer, el indígena, la madre tierra, el adicto al internet, el homosexual, el hippie...), y del novedoso *paradigma cuántico suprateísta* se abre, junto con las religiones convencionales, a los valores de lo femenino, lo micro, lo holístico, lo amoroso, lo espiritual, lo cósmico... De este modo, se reorientan la revolución y la religión, al descubrir que lo nuclear del ser humano no es, como bien afirmó Leonardo Boff, el *logos* sino el *pathos*: su vitalismo, su entusiasmo, su creatividad, su espiritualidad, su plano onírico, místico, subconsciente...

El movimiento antiglobalización, el socialismo del siglo XXI y el emerger mundial de los indignados son la primera manifestación de unas resistencias revivificadas gracias al novedoso paradigma. A su vez, la micro y lo autogestionario se multiplican: el anticonsumismo, las ecoaldeas, las comunas, las granjas de agricultura ecológica, el trueque, la vuelta al campo, el boicot a las multinacionales, al autoempleo, el cooperativismo...que no son sino la consecuencia del cambio de paradigma aplicada a la cotidianidad.

Así, está emergiendo toda una nueva contracultura como respuesta a esta crisis epocal, novedad que es heredera a su vez de las sucesivas contraculturas que han emergido siempre que una civilización se venía abajo (taoístas, cínicos, primeros monjes cristianos, órdenes mendicantes medievales, utopías renacentistas, románticos, cuáqueros, trascendentalistas, anarquistas, hippies...). Se prevé un gran emerger *antisistema* a la vez que, según algunos expertos (Panikkar, Vigil...), de modo inminente la humanidad va a experimentar un nuevo tiempo-eje, semejante al salto cualitativo protagonizado en el siglo VI a/C por Buda, Lao-Tse, Pitágoras y otros muchos más que, según explica Karl Jaspers, potenció considerablemente la capacidad mística, filosófica y científica de una humanidad que aun vive de aquel proceso de hace unos 2.500 años.

Y, *casualmente*, el inminente tiempo-eje que está al llegar coincide cronológicamente con las profecías referentes a un renacer de la humanidad, enunciadas por culturas desconectadas entre sí, como los mayas, los chinos, los hindúes o los indios norteamericanos.

¿Casualidad? ¿Causalidad? ¿Sincronicidad? Sea lo que sea,

podemos sentarnos a contemplar las maravillas que vienen, o podemos integrarnos en ella para potenciarlas. Nosotros, que preferimos ser lluvia a ver llover, invitamos a lo segundo.

Decíamos con anterioridad que este libro presenta una bibliografía ciertamente densa. Así, a lo largo de unos catorce capítulos relativamente breves, vamos progresivamente desarrollando todo un rosario de datos y fuentes, cuya finalidad radica en, ante lo osado de nuestras afirmaciones, echar mano del criterio de autoridad. No obstante, asumimos todos los errores que podamos cometer, y nos hacemos responsables de nuestras afirmaciones e interpretaciones, por muy apoyadas que estén en la bibliografía.

Esta última, de naturaleza interdisciplinar, cuenta con los siguientes autores:

Para la disciplina de la teología hemos recurrido a la autoría de Hans Küng, Leonardo Boff, Frey Betto, Harvey Cox, José María Blázquez, José María Díez-Alegría y Juan José Tamayo.

Para el estudio de la mística, los autores de los que hemos echado mano son, entre otros, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Hildegarda von Bingen, William Johnston o Teilhard de Chardin.

De cara al estudio de los grandes descubridores de la física cuántica y de la teoría de la relatividad (Einstein, Bohr, Heisenberg...), hemos recurrido a las obras de Fritjof Capra y Eduardo Battaner, entre otros.

En cuanto a la filosofía, nos ha parecido conveniente contar con las obras de Michael Lowy, Henry Bergson, Mircea Eliade, D'Alembert, Engels y Montesquieu, entre otros.

Los historiadores que han nutrido nuestra bibliografía han sido, principalmente, Víctor Alba, Fernando García de Cortázar, José Luis Capilla, Maurice Crouzet, Hans Freyer o Eric Hobsbawm.

La economía, por su parte, se encuentra presente en nuestro monográfico de la mano, principalmente, de Adam Smith, John Maynard Keynes, Joaquín Estefanía, Paul Krugman o Joseph Stiglitz.

Y, por no ser demasiado densos, y no pudiendo citar ni todos los autores ni todas las temáticas, resumiremos de manera muy somera que, para referirnos a la revolución hemos citado a Gonzalo

Arias, Noam Chomsky, Carlos Marx, Roger Garaudy, Eva Golinger, Marta Harnecker o Pascual Serrano. En cuanto a la contracultura se refiere, a Ernesto Cardenal, Mohandas Gandhi, Henry David Thoreau, Luis Racionero o Ken Goffman.

En referencia al proceso humano de robotización, hemos recurrido, entre otros, a la obra de Gustavo Bueno, Carlos Elías, Marshall Mc Luhan, Giovanni Sartori y Herbert Marcuse. La parapsicología queda fundamentada gracias a la autoría de Mariana Caplan, Raymond Albert Moody, Francisco José Rubia o Fernando Sánchez Dragó. Y, por último, para ver que el inminente salto cualitativo no es una fantasía nuestra, baste recurrir a José María Vigil, Raimon Panikkar, Karl Jaspers o John Selby Spong.

Dejo pues al lector introducirse en el entramado del presente libro. Busque, al igual que lo intentamos nosotros, no la erudición sino el conocimiento, no la cultura sino la sabiduría, no la religión sino la espiritualidad, no el activismo sino el compromiso, no la pasividad sino la calma. Y, en definitiva, no el bienestar sino la felicidad. Como dijo Facundo Cabral, *“fuera de la felicidad, todo son excusas”*. Sea.